

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

29-5-1968

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

EL MISTERIO DE LA FE

Hoy bullen en mi mente muchas ideas en una gran necesidad de hablar de la vida de nuestro Padre. Mi alma tiene la misión de decir con lenguaje sencillo lo que es la gran riqueza de la Iglesia. Por eso, al querer manifestar lo que es la vida de fe, no puedo hacerlo sin antes adentrarme en el misterio de nuestra Familia Divina, en esa vida que es actividad infinita en felicidad plena, en perfección eterna, en plenitud divina y en comunicación trinitaria.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-01-5
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

Dios, en su vida infinita, es eternamente feliz en comunicación hogareña. Él tiene en sí cuanto pudiera necesitar, en un señorío tal y en una riqueza tan inexplicable, que todo lo que es, Él se lo es de por sí. Nadie le da ni le aumenta nada, porque en Él, en su plenitud de perfección, para

tenerlo todo, tiene hasta la potencia infinita de serse el que Se Es de por sí; y en esto está también la realeza infinita, el poder absoluto. Porque ni siquiera es que Dios tenga perfecciones en infinitud de maneras y de matices; eso en Él sería pobreza; sino que Dios se es de por sí todas las perfecciones, atributos y riquezas que, en infinitud, le hacen eternamente dichoso.

Dios vive su vida para sí, y, en un designio de su sabiduría eterna, quiere que esa misma vida sea vivida por nosotros. Dios quiere vivir su vida con nosotros y que nosotros vivamos nuestra vida con Él. Entonces saca de su potencia infinita una manera de decirnos, en un dicho que es obrar, su vida en un romance de amor. Y, ¡oh misterio incomprensible, que el hombre nunca pudo llegar a sospechar y que solamente el Omnipotente podía realizar!: Dios se hace Hombre y el hombre pasa a ser hijo de Dios; Dios mismo, en Canción divina y humana, nos deletrea, en María y a través de ella, su vida infinita.

El hablar de Dios es obrar. Él siempre obra lo que dice; por eso, al querernos decir su vida, la obra entre nosotros. Y entonces esa vida de riqueza infinita, de plenitud eterna y de comunicación trinitaria, que es vivida en la intimidad de las tres divinas Personas, al ser comunicada a nosotros, pasa a ser nuestra de una manera también sorprendente. Tanto, que Dios escoge a un Pueblo al que se la dirá, obrándola en él.

Este Pueblo glorioso es la Nueva Jerusalén en la tierra, es la Iglesia.

En la Iglesia, por tanto, está Dios viviendo su vida para sí y para nosotros; diciéndose su vida para sí por su Verbo, y para nosotros por su Verbo Encarnado. En la Iglesia están perpetuados, en un decir que es obrar y, por lo tanto, que es realidad continuada, el misterio de Dios, el de Cristo, con su vivir profundo frente al mismo Dios, con su misión de comunicarnos su vida y con su tragedia al no ser recibida, y el de María.

El misterio de la Iglesia es tan simple como el mismo Dios. Pues aunque Dios es la Plenitud infinita de perfecciones interminables, por su misma perfección de ser, no necesita de tiempo para tenerlo todo terminado. Por eso Él es también la Infinita Simplicidad, porque en un acto de vida está realizada y abarcada toda su infinita potencia de ser; ya que, si Dios, para serse, necesitara del tiempo, sería porque su capacidad de ser no era tan rica que abrazara, en su acto infinito, toda su realidad.

El tiempo es la acomodación a nuestra falta de capacidad para abarcar una cosa en un instante, y entonces hay que realizarla por partes, debido a nuestra incapacidad de posesión. Dios no es así, sino que, en una mirada de señorío

infinito, se tiene totalmente abarcado. Y así la Trinidad es un acto de Sabiduría Sabida en Amor tan perfectamente, que la actividad infinita de este Acto trinitario es ser tres Personas.

El Padre es la Sabiduría que tan sabidamente se sabe y en tal perfección, que lo que Él se sabe, sabido, es su Hijo; en una sabiduría tan eternamente amorosa en la comunicación de los dos, que les hace romper en un amor tan mutuo, que es la tercera Persona en la vida de la Trinidad, Amor personificado como fruto de la sabiduría del Padre y del Hijo.

¡Qué vida vive nuestro Padre Dios, de felicidad...! Y ¡qué vida la que hay en el seno de la Iglesia, tan desconocida por la mayoría de sus hijos...! Dios mismo, en comunicación, es la vida de la Iglesia. Por eso la Iglesia está reventando en divinidad; por eso la Iglesia es el rostro de Dios en la tierra; porque es ella la que nos dice en conversación divina y humana, durante todos los tiempos, en un dicho que es obrarlo en nuestras almas a través de su liturgia, la misma vida de Dios.

Y la Iglesia no sólo tiene en sí toda la vida de Dios para dárnosla; no con eso se agota su riqueza y su misión, pues tiene también a Cristo con todo su misterio, vida, pasión, muerte y resurrección; siendo ella la que nos perpetúa,

durante todos los tiempos, los misterios de la vida de Jesús.

¡Oh si yo pudiera decir lo que es nuestra Iglesia santa...! ¡Si yo pudiera expresar la plenitud en que se remansa...! ¡Si yo pudiera deletrear, aunque fuera imperfectamente, cómo en ella están todos los misterios de nuestro cristianismo...!

Dios quiso comunicárenos, y para eso Cristo vivió en la tierra treinta y tres años. Pero eso era poco a su amor infinito. Entonces su sabiduría amorosa, amándonos, nos amó hasta el fin y se quedó con nosotros hasta la consumación de los tiempos en el seno de la Iglesia. Cristo está en ella teniendo consigo al Padre y al Espíritu Santo. Y al quedarse Cristo con nosotros, no se quedó de una manera inactiva, sino realizando continuamente su vida, muerte y resurrección.

Y es la Iglesia la que, por medio de su liturgia, de los sacramentos, nos une a Cristo, nos perpetúa su vivir. Es la Iglesia la que nos da la misión del mismo Cristo de comunicar la vida de Dios a todos los hombres, la que nos pone en contacto con las tres divinas Personas para que vivamos de su vida, la que nos mete en el misterio de la Encarnación, y por lo tanto en María, perpetuándonos también la maternidad de la Virgen, que es donde y por quien se nos dio la vida divina. Y es la Iglesia la que nos llevará un día con Cristo glorioso a la Eternidad.

Y todo esto porque la Iglesia, en su Cabeza,

es Cristo, que, con expresión humana, nos hace vivir de la divinidad.

Muchas veces preguntamos: ¿Qué es la vida de fe? Es todo el depósito infinito que Cristo ha comunicado y perpetuado en vida, en el seno de la Iglesia.

La vida de fe no es una cosa fría, ni de estudio científico; es toda la riqueza plerónica del Infinito, dicha a nosotros en un romance de amor. Todo lo que la Iglesia nos dice y nos manifiesta, continuando la canción del Verbo, es el tesoro de nuestra vida de fe. La fe es la que nos pone en contacto con Dios, porque es la que nos deletrea los misterios riquísimos de nuestro cristianismo.

A veces pensamos que la fe es creer fríamente lo que no se ve. Y nuestra vida de fe es, más bien, recibir todo lo que el Verbo, a través de María, nos comunica en el seno de la Iglesia.

Vivir de fe es vivir de Dios, de Cristo, de María; es engolfarse en la vida de las tres divinas Personas; es recibir el mensaje del Verbo Encarnado; es cobijarse en la maternidad de María; es escuchar, recibir y adherirse a todo lo que nos dice la Iglesia en su comunicación de los misterios divinos. Lo que ocurre es que, así como a la teología se le ha dado una fisonomía fría y

esquemática, así nuestra vida de fe se ha reducido a unos conceptos fríos y machacones que, al no convertirse en vida para nosotros por nuestra caridad y unión con Dios, se nos hacen oscuros y casi imposibles de asimilar.

Dios es sabiduría y amor. Cristo vino a comunicarnos en el seno de la Iglesia su sabiduría amorosa; y la Iglesia nos da los misterios eternos, en sabiduría –que es saber de saborear– y, por lo tanto, en el amor. Por eso, el que quiera recibir la riqueza infinita de la Iglesia en conceptos fríos y esquemáticos, no está en disposición de saber los misterios de nuestra fe, que son y se comunican en el amor; pues son la vida de sabiduría y amor que Dios se es y que quiere vivir con nosotros en la Iglesia.

Como el dicho de Dios obra lo que dice, el Verbo, que es la Palabra infinita en el seno de la Trinidad, quiere decirnos su vida en el amor del Espíritu Santo. Para eso funda la Iglesia. Ése y no otro es el tesoro de nuestra fe.

El Padre, conociéndose a sí mismo, rompe en Palabra de fuego. Esa Palabra es su Verbo, su Hijo, el que dice todo lo que hay en el seno de la Trinidad, ya que es la Expresión de la realidad eterna. Pero este Dicho o esta Palabra que dice el Padre, sólo es pronunciada en el amor del Espíritu Santo. Por eso, el que quiera escuchar la Palabra divina fríamente y sin amor, no recibe al Verbo, porque el Verbo sólo se comunica y es dicho en el amor en el seno de la Trinidad

y en las almas que se abren a la acción santificadora del mismo Espíritu Santo.

Alma-Iglesia, cualquiera que seas, ábrete a lo que te dice el Verbo en el seno de la Iglesia. Por medio de tu vida de fe, recibe sus enseñanzas con amor, para que se hagan vida en ti. Y no olvides que la fe no es una enseñanza oscura y fría, sino que es la misma luz de Dios que, encendida en las llamas del Espíritu Santo, te quiere comunicar su vida obrándola en ti, mediante las enseñanzas sencillas de la Iglesia.

No olvides tampoco que la vida de Dios es muy distinta de lo que tú piensas, de lo que tú entiendes, de lo que tú conoces... Tus conceptos humanos no sirven ante la fe, y por eso a veces te parece que ésta es oscura, no porque en sí lo sea, sino porque tú estás ciego. Explícale a un ciego cómo es el sol, que mientras no desaparezca su ceguera, él lo verá todo negro.

El medio para vivir en la luz es hacerse pequeño, pues sólo a los pequeños les son manifestados los secretos del Padre. También tienes que escuchar al Señor en grandes ratos de intimidad, para que el amor se vaya posesionando de tu alma y así la sabiduría de lo divino, que sólo se dice en el amor, se haga vida en ti.

Ahondada en tu Misterio, he aprendido a saber la Sabiduría Eterna de tu divino entender.

Te he visto rompiendo en vida, en tan subido saber, que Tú te eres, por serte, en tu sumo conocer, Contemplación infinita, que, de tanto serte ser, rompes en Palabra eterna de explicativo entender.

Palabra que, en sumo gozo y en eterna perfección, deletrea tu misterio en divina Explicación.

Y también, sin saber cómo, vi cómo surge el Amor de aquella Sabiduría que rompía en Expresión.

Al seguirte contemplando, me adentré en la Encarnación, descubriendo que Dios mismo era Hombre y era Dios.

¡Oh, qué sorpresa tan honda...! Metida en contemplación, sorprendí maternidades de virginal esplendor. Vi que María era Madre de la Eterna Explicación, y de tanto serse Madre, surgió de la Encarnación hecha Madre de la Iglesia, a quien entregaba, en don, a Dios mismo en su Palabra cantándonos su Canción.

Según me iba adentrando en mi vida de oración, iba sabiendo el secreto que en la Iglesia obra Dios: Él mismo en ella se era, dándosele en posesión con su misterio, su vida, su tragedia y su misión.

La Iglesia recopilaba, en su eterna perfección, todo el misterio divino siéndonos donación.

Y así pude comprender, en mis ratos de oración, cómo la vida de fe era mostrárenos Dios en su misterio infinito, en la luz de su fulgor, en su donación al hombre en consumación de amor, recopilando en la Iglesia su serse eterno en Canción, su serse vida infinita, haciendo del hombre Dios.

¡Oh, cuánto gocé aquel día que yo supe, sin saber, el misterio de la Iglesia en la hondura de su ser...!